

el punto en que su disco cae perpendicularmente sobre el mar; mas cerca de nosotros, esa reverberacion se estiende y se prolonga, y arrastra un rio de oro y de plata entre dos márgenes de azur. A nuestra izquierda, el golfo estiende hasta un enhiesto cabo la larga y sombría cordillera de sus desiguales colinas; á su derecha se ve un estrecho y cerrado valle, donde corre una hermosa fuente á la sombra de algunos árboles; detras, hay una colina mas alta cubierta hasta la cima de olivos, que la noche hace parecer negros; desde la cima de esa colina hasta el mar, pardas torres, casillas blancas cortan aquí y allí la monótona oscuridad de los olivos, y atraen la vista y el pensamiento á la morada del hombre. Mas léjos todavía, y en el confin del golfo, tres enormes peñascos se alzan sin bases sobre las olas; de formas estrañas, redondeados como guijarros alisados por las olas, las tempestades, esos guijarros son montañas,—caprichos gigantes-cos de un oceano primitivo del que nuestros mares no son sin duda mas que una débil imágen.

15 de Julio.

Hemos visitado la casa del capitan de nuestro bergantin; linda habitacion, modesta, pero bien adornada; nos recibió su jóven esposa, doliente y

triste á causa de la precipitada partida de su marido. Ofrecíle tomarla á bordo y que nos acompañara en este viage, que debia ser mas largo que los viages ordinarios de un buque de comercio; pero su salud no se lo permitia, y la pobre señora iba sola, sin hijos y enferma, á pasar largos dias y acaso largos años ausente de su marido: su dulce y sensible rostro llevaba el sello de aquella melancolía de su porvenir y de aquella soledad de su corazon. La casa parecia una habitacion flamenca; las paredes estaban entapizadas de retratos de los buques que habia mandado el capitan; no lejos de allí, este nos llevó á ver en la campiña una casita donde se preparaba, aunque jóven, un asilo para retirarse de los vientos y de las olas. Mucho gusto tuve en ver el establecimiento campestre donde aquel hombre meditaba de antemano su descanso y su ventura para su ancianidad; siempre me ha gustado conocer el hogar, las circunstancias domésticas de aquellos con quien he tenido particulares relaciones; porque esos objetos son como una parte de ellos mismos,—son como una segunda fisonomía exterior que da la clave de su carácter y de su destino.

La mayor parte de nuestros marineros son tambien de estos pueblos. Hombres mansos, piadosos, trabajadores, que manejan el viento, la tempestad y las olas con aquella serena y silenciosa



regularidad con que nuestros labradores de Saint-Point manejan el rastrillo ó el arado; labradores del mar, pacíficos y cantando alegres como los hombres de nuestros valles, siguiendo á los rayos del sol matinal sus largos sulcos humeantes en las laderas de sus colinas.

16 de Julio.

Despierto muy de madrugada, oí esta mañana en el puente inmóvil la voz de los marineros con el canto del gallo y el balido de la cabra y de nuestros carneros. Algunas voces de mugeres y de niños completaban la ilusion: hubiera podido creermé acostado en la estancia de madera de una cabaña de labradores, en las márgenes del lago de Zuric ó de Soleura. Subí á cubierta; aquellos niños eran los hijos de algunos marineros que sus mugeres habian llevado á ver á sus padres: estos los sentaban sobre los cañones, los ponian de pié sobre las barandas del buque, los tendian en la chalupa, los cunaban en la hamaca con aquella ternura en el acento y aquellas lágrimas en los ojos que hubieran podido tener unas madres ó unas nodrizas. ¡Hombres honrados, de corazones de bronce contra el peligro, de corazones de muger para lo que aman, ásperos y blandos como el elemento en que viven, Sea pastor, sea marino, el hombre

que tiene una familia tiene un corazon formado de sentimientos humanos y bondadosos. El espíritu de familia es la segunda alma de la humanidad; los legisladores modernos lo han olvidado demasiado; no piensan mas que en las naciones y en las individualidades; omiten la familia, única fuente de las poblaciones fuertes y puras, santuario de las tradiciones y de las costumbres, donde se templan y robustecen todas las virtudes sociales. La legislacion, aun desde el establecimiento del cristianismo, ha sido bárbara bajo este concepto, pues aparta al hombre del espíritu de familia, en vez de brindarle con él! Veda á la mitad de los hombres la muger, el hijo, la posesion del hogar y de la heredad; debia estos bienes á todos, apénas llegan á la edad viril; y solo debia privar de ellos á los culpados. La familia es la sociedad en pequeño, pero es la sociedad donde las leyes son naturales, porque son sentimientos. Escomulgar de la familia hubiera podido ser la mayor reprobacion, el último borron impuesto por la ley,—hubiera sido la única pena de muerte de una legislacion cristiana y humana.—La muerte sangrienta debiera haber desaparecido hace siglos.



Julio, al ancla por los viento.

A una milla al oeste, en la costa, las montañas están partidas como á martillazos; los enormes fragmentos han caido, acá y allá, á las faldas de las montañas, ó bajo las azules y verdosas olas del mar que las baña. El mar se estrella en aquellos puntos sin cesar, y de la oleada que llega con un estruendo alternativo y sordo contra las rocas se lanzan como lenguas de blanca espuma que van á lamer las saladas riberas. Aquellos pedazos amontonados de montañas, porque son demasiado grandes para llamarlas riscos, están arrojados y hacinados con tal confusion unos sobre otros, que forman una innumerable cantidad de angostas ensenadas, de bóvedas profundas, de sonoras grutas, de cavidades sombrías, cuyos caminos, recodos y salidas conocen solo los muchachos de dos ó tres chozas de pescadores de las cercanías. Una de aquellas cuevas, en la que se penetra por el arco rebajado de un puente natural, cubierto de un enorme pedazo de granito, da salida al mar y se abre en seguida sobre un angosto y oscuro valle, que el mar llena todo entero con sus aguas límpidas y tersas como el firmamento en una hermosa noche. Es aquella una caleta conocida de los pescadores, donde mientras las olas rugen espumantes por fuera, sacu-

diendo con sus embates las caderas de la costa, las mas pequeñas barcas están al abrigo de sus furores; apénas se ve allí aquel ligero hervor de un manantial que cae en una cascada. El mar conserva allí aquel hermoso color de un amarillo verdoso y ondeado que tan bien percibe el ojo de los pintores de marinas, pero que nunca pueden reproducir esactamente, porque el ojo ve mas de lo que puede imitar la mano.

Sobre las dos laderas de aquel valle marino se alzan, hasta perderse de vista, dos paredes de rocas casi perpendiculares, sombrías y de un color uniforme, semejante al de la escoria de hierro poco despues que ha caido del horno. Ninguna planta, ningun musgo halla allí siquiera una grieta para suspenderse y arraigarse, para hacer ondear aquellas guirnaldas de enredaderas y aquellas flores que con tanta frecuencia se ven flotar en las paredes de las peñas de la Saboya, á alturas donde solo Dios puede respirarlas; peladas, derechas, negras, repulsivas, no están allí mas que para guarecer del aire del mar las colinas de viñas y olivos que vegetan bajo su abrigo, imágenes de aquellos hombres que dominan una época ó una nacion, espuestos á todas las injurias del tiempo y de las tempestades, por proteger á hombres mas débiles y mas felices. En el fondo de la caleta, el mar se ensancha un poco, serpea, toma una tinta mas clara á medida que



descubre mas cielo, y remata en fin en una hermosa sábana de agua dormida sobre un cauce de conchitas moradas trituradas y apretadas como arena. Si pone uno el pié fuera de la lancha que le ha llevado allá, halla á la izquierda, en el hueco de un barranco, un manantial de agua dulce, fresca y pura; luego torciendo á la derecha, un vericuetto de cabras, pedregoso, rápido, desigual, sombreado por higueras silvestres y acerolos, que baja de las tierras cultivados á aquella soledad de las olas. Pocos sitios me han sorprendido, me han encantado tanto en mis viages: esa mezcla perfecta de gracia, de fuerza, es lo que forma la belleza cabal en la armonía de los elementos como en el ser animado ó pensador. Es aquel misterioso himeneo de la tierra y del mar, sorprendido, por decirlo así, en su union mas íntima y escondida; es aquella imágen de la calma y de la soledad mas inaccesible, al lado de aquel agitado y tumultuoso teatro de las tempestades, al lado del estruendo de sus olas; es una de aquellas numerosas obras de la creacion, que Dios ha sembrado por todas partes como para jugar con los contrastes; pero que casi siempre se complace en esconder en las inaccesibles cumbres de los montes escarpados, en el fondo de los barrancos adonde no se puede bajar, en los mas inabordables escollos del oceano, como joyas de la naturaleza, que no descubre sino rara vez á hombres sencillos, á

los pastores, á los pescadores, á los viajeros, á los poetas, ó á la piadosa contemplacion de los solitarios.

14 de Julio 1832.

A las diez se alza una brisa de Oeste; á las tres levantamos el ancla; pronto el cielo y las olas son nuestro único horizonte;—mar esplendente,—movimiento blando y compasado del bergantin,—murmullo de las olas tan regular como la respiracion de un pecho humano. Esa alternacion regular de las olas, del viento en la vela, se encuentra en todos los movimientos, en todos los rumores de la naturaleza: ¿será que tambien ella respira?—Sí, sin duda alguna, respira, vive, piensa, sufre y goza, siente, adora á su divino Autor. Dios no ha hecho la muerte; la vida es el signo de todas sus obras.

15 de Julio, 1832, en alta mar, á las ocho de la noche,

Hemos visto ir hundiéndose poco á poco en el horizonte las últimas cimas de los pardos montes de las costas de Francia y de Italia, luego la línea



azul, sombría, del mar en el horizonte, lo ha sumergido todo; el ojo, en aquel momento en que el horizonte conocido se desvanece, recorre el espacio y el vacío flotante que le rodea, como un infeliz que ha perdido sucesivamente todos los objetos de su amor, de sus hábitos, y que busca en vano donde reposar su corazón.

El cielo llega á ser la grande y única escena de contemplación; luego la mirada cae sobre ese punto imperceptible, perdido en el espacio, sobre ese estrecho buque que es el universo entero para aquellos que lleva en sí.

El maestro está sentado junto al timón; su rostro varonil é impassible, su mirada firme y vigilante, clavada ya en la vitácora para buscar en ella la aguja, ya en la proa para descubrir en ella, entre las jarcias del trinquete, su rumbo al través de las olas; su brazo derecho tendido sobre la barra del timón, é imprimiendo con un movimiento su voluntad á la inmensa mole del buque; todo manifiesta en él la gravedad de su obra, el destino de la nave, la vida de treinta personas girando en su ancha frente y pesando en su robusta mano.

En la delantera del puente, los marineros están en grupo, de pié, sentados, tendidos sobre las tablas de reluciente pino, ó sobre los cables arrollados en vastas espirales,—unos componiendo las velas rasgadas, con gruesas agujas de hierro, como

doncellas bordando el velo de sus bodas ó la colgadura de su lecho virginal; otros asomados á las barandas, mirando sin verlas, las olas espumantes, como miramos las piedras de un camino cien veces andado, y echando al viento con indiferencia las bocanadas de humo de sus pipas de barro colorado. Estos dan de beber á las gallinas en sus largos dornajos; aquellos tienen en la mano un puñado de yerba y dan de comer á la cabra, cuyos cuernos tienen cogidos con la otra mano; otros juegan con dos hermosos carneros que están encaramados entre los dos palos en la alta chalupa suspendida; los pobres animales levantan su cabeza inquieta encima de los bordages, y no viendo mas que la ondeante llanura blanqueada por la espuma, balan tristemente, recordando el peñasco y el árido musgo de sus montañas.

En la estremidad del buque, horizonte de este mundo flotante, se ve la aguda proa precedida de su mástil de bauprés inclinado sobre el mar; aquel mástil se esgrime delante del buque como el aguijón de un monstruo marino. Los vaivenes del mar casi insensibles en el centro de gravedad en medio del puente, hacen describir á la proa oscilaciones lentas y gigantescas; unas veces parece que dirige el rumbo del buque hácia alguna estrella del firmamento; otras que le va á sumergir en algun profundo valle del océano, porque parece que el mar sube y baja sin cesar cuando está uno en la estre-



midad de un buque que, con su mole y su longitud, multiplica el efecto de aquellas revueltas olas.

Nosotros, separados por el palo mayor de aquella escena de costumbres marítimas, estamos sentados en los bancos de guardiá, donde nos paseamos con los oficiales por el puente, mirando declinar el sol y crecer las olas.

En medio de todas aquellas figuras varoniles, severas, pensativas, una niña, el cabello destrenzado y ondeando sobre su vestido blanco, su hermoso rostro rosado, feliz y contento, rodeado de un sombrero de paja de marinero, atado debajo de la barba, juega con el gato blanco del capitán ó con una nidada de palomos de mar, cogidos la víspera, que se echan bajo la cureña de un cañon y á quienes desmigaja el pan de su merienda.

Entre tanto el capitán del buque, con su reloj marino en la mano, y espiando en silencio en el occidente el segundo preciso en que el disco del sol refractada su mitad, parece que toca las olas, y flota en ellas un momento ántes de sumergirse todo entero, levanta la voz y dice: *¡Señores, la oracion!* Todas las conversaciones cesan, todos los juegos acaban, los marineros tiran al mar su cigarro todavía encendido, se quitan sus gorros griegos de lana roja, los llevan en la mano, y van á arrodillarse entre los dos mástiles. El mas jóven de ellos abre el libro de oraciones, y canta el *Ave maris stella* y las letanías sobre un tono tierno,

lastimero y grave, que parece haber sido inspirado en medio del mar y de aquella inquieta melancolía de las últimas horas del día, en que todos los recuerdos de la tierra, de la choza, del hogar, suben del corazon al pensamiento de aquellos hombres sencillos. Las tinieblas van á bajar nuevamente sobre las olas y á sepultar hasta por la mañana, en su peligrosa oscuridad, el rumbo de los navegantes y las vidas de tantos seres que ya no tienen mas faro que la Providencia, mas asilo que la mano invisible que los sostiene sobre las olas. Si la oracion no hubiera nacido con el hombre, allí, en el mar, es donde hubiera sido inventada, por hombres solos con sus pensamientos y sus flaquezas en presencia del abismo del cielo donde se pierden sus miradas, del abismo de los mares, del que los separa una frágil tabla;—al estruendo del océano que ruge, silba, ahulla, brama como las voces de mil alimañas;—à los embates del viento que hace espedir un sonido agudo á cada cuerda, —al acercarse la noche que abulta todos los peligros y multiplica todos los terrores . . . Pero la oracion nunca se ha inventado; nació del primer suspiro, de la primera alegría, de la primera pena del corazon humano, ó mas bien, el hombre no nació mas que para la oracion; glorificar à Dios ó implorarlo, fué su única mision en la tierra; todo lo demas perece ántes que él ó con él; pero el grito de gloria, de admiracion ó de amor que eleva



hacia su Criador, pasando sobre la tierra, no parece, ántes bien asciende, resuena de edad en edad hasta los oídos de Dios, como el eco de su propia voz, como un reflejo de su magnificencia; es la única cosa completamente divina en el hombre y que este puede eshalar con júbilo y orgullo, porque este orgullo es un homenaje rendido á aquel que es el único que puede tenerle, al Ser infinito.

Apénas habíamos revuelto en nuestras mentes estos ú otros semejantes pensamientos, cada cual en nuestro silencio, cuando se alzó un grito de Julia en el bordo del buque que miraba á Oriente:—¡Un incendio en el mar! un buque ardiendo! Precipitámonos, para ver aquel fuego lejano sobre las olas y con efecto una ancha ascua flotaba en el Oriente en el confin del horizonte del mar, y luego, alzándose y redondeándose en pocos minutos, reconocimos la luna llena, inflamada por el vapor del viento de Oeste, y saliendo lentamente de las olas como un disco de hierro incandescente que el herrero saca del horno con sus tenazas y suspende sobre el agua donde va á apagarle. Del lado opuesto del cielo, el disco del sol acaba de hundirse, habia dejado en el Occidente como un banco de arena de oro, semejante á la playa de alguna tierra desconocida: nuestras miradas pasaban embebecidas de uno á otro bordo entre aquellas dos magnificencias del cielo. Poco á poco las claridades de aquel doble crepúsculo se apagaron; nillares de estrellas

nacieron sobre nuestras cabezas como para trazar el rumbo á nuestros mástiles que pasaron de una á otra. Mandóse la primera guardia de la noche, quitóse del puente todo aquello que pudiese estorbar la maniobra, y los marineros fueron todos, uno despues de otro, á decirle al capitán: ¡Dios guarde á vd.!

Seguí paseándome un rato en silencio por el puente; luego bajé dando gracias á Dios en mi corazón de haberme permitido ver aquel aspecto desconocido de su naturaleza. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ver tu obra bajo todas sus faces, admirar tu magnificencia sobre las montañas ó sobre los mares, adorar y bendecir tu nombre que ninguna letra puede contener! Esto es toda la vida! Multiplica la nuestra para multiplicar el amor y la admiración en nuestros corazones! Luego vuelve la página y haznos leer en otro mundo las maravillas sin fin del libro de tu grandeza y de tu bondad!

16 de Julio, 1832, en alta mar.

Toda la noche y todo el día hemos tenido una mar hermosa, pero picada. Por la tarde, el viento refresca, se forma la marejada y empieza á rodar pesadamente sobre los costados del buque;—luna espléndida que prolonga torrentes de una blanca y